A un joven poeta

Pasas, joven poeta, recordando
lo que nunca viviste y que se agolpa
en líquidas raíces por tu sangre.
Pasas recuperando viejos puentes
que hizo saltar la goma dos del tiempo
con su golpe de mano terrotista.
Pero los puentes tienden sus estribos
sobre pontones invisibles, casi
de fluido ancestral que nos penetra,
música que acompaña misteriosa.
Los puentes son un aire arrepentido
que vuelve y se respira más allá
de lejanos pulmones de ceniza
y hace toser, y un poco, largos años
después, su tos, de oído, se conoce.

Pasas, joven poeta, rehaciendo
viejos puzzles. Las piezas son distintas
y buscan tercamente espacios, huecos
que dejaron vacíos otras pugnas
empeñadas ayer en el oficio.
Construyen un dibujo que ya vieron
ya no existentes ojos de otra suerte.
Tú los transmutas en paisajes propios,
los habitas, los gozas, los respiras,
vives en sus fundados paraísos,
en sus errantes llantos perseveras,
sus corrientes fluviales multiplicas,
a su contagio humano colaboras
y pasas superando antiguas huellas
de quienes intentaron dar la clave.

Pasas, joven poeta, complicando
tus labios en un beso tan antiguo
que halla por vez primera la ternura
de un rostro recién hecho de esperanza,
y tus manos estrenan ese guante
del tacto fiel, igual que si pasaran
sobre el cuerpo incorrupto del placer.
Inventas una historia tan distinta
que todo se repite, y no fue nada
como tú lo supones, como suena
en tu piano actual, nada ha existido
de cuanto estás seguro que precede
a tu aventura, pero todo es cierto,
todo memoria y alucinaciones,
y tiempo y sueño son quienes deciden.

Pasas, joven poeta, levantando
tapices, cobertores, sortilegios,
fabulaciones casi familiares,
descorriendo cortinas, tan fielmente
que nos parece ser los habitantes
de tus recuerdos vagamente prófugos,
retrospectivos regimientos que ahora
cierran filas en torno del pasado
y abandonan cuarteles miserables.
Se alzan las ruinas y las controversias,
las poblaciones de desesperanza
las fortificaciones del rencor,
el hospital de urgencia del silencio
y es la guerra como un encaje antiguo
que tiñe levemente sangre seca.

Pasas, joven poeta, describiendo
no estéticos jardines, no avenidas
de luz, no frisos de adorables dioses,
no ciudades de góndolas azules,
no reivindicaciones de justicia,
no eróticas cenefas, no sensuales
decorados, no limos pegajosos,
ni permeables arcillas subterráneas,
sino la vida con tan fuerte dosis
de ternura y miseria en cada uno
con su vacilación tan temerosa
y su disentimiento tan sencillo,
tan puro, tan de hierba renacida,
que la palabra es nueva de repente
y ahora se empiezan a escribir poemas.

Leopoldo de Luis